PQ8549
.V37
S9

J. I. VARGAS VILA

SUEÑOS AZULES

1902

CARACAS
TIP. HERRERA IRIGOYEN & CA.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.V37
S9

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00018572000

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/suenosazules00varg

PQ 8549
.V37
S9
18
C

J. I. VARGAS VILA

SUEÑOS AZULES

CARACAS
TIP. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1902

EN PREPARACION:

«Alma enferma»..... (novela)

***

Consagro la humildad fervorosa de este libro, á Manuel Díaz Rodríguez, como el homenaje de mi cariño á su noble alma de artista.

J. J. Vargas Vila.

A J. I. VARGAS VILA

—

No es un prólogo: no es una presentación :

Se presenta á un desconocido, y tu nombre, gasta prosapia de alteza en la raza intelectual de la América Latina!

Tu apellido es cumbre, donde se anidan águilas!

Esto que escribo, es sencillamente una confidencia frater-

nal, á la sombra de las hojas que enverdecen tu laurel: es la impresión personal que ha producido en mi temperamento artístico, este volumen de idealismos sensuales, de simbolismos psíquicos, de vaguedades con perfiles de dardo, de sueños con contorno de visiones, de flores con perfumes de absinthio: extraña vegetación de lirios azules, sobre la nieve de un espíritu como el tuyo, que tiene arriba, sobre su cielo, la luz de todas las ideas, y en el fondo el frío de todos los excepticismos, como una noche ártica.

No es el tuyo, el libro rojo, ardiente memorial de tus horas rebeldes; y sinembargo hay en

él, como el último ritmo de una estrofa, el eco lejano de tus luchas!

Para esta cita con la rubia Musa de los cuentos medio-evales, no te has despojado del todo de las férreas vestiduras; y el fulgor pálido é indiscreto de la luna sobre la daga del cruzado, delata al caballero sobre la escala de seda del Adonis; y tu ramo de flores, que ofreces hoy para que arome y languidezca en la rosea orfebrería de la alcoba de la amada, parece que fuese atado, no con la blanca cinta que recogió en un haz los cabellos de la novia, en la hora desbordante de un adiós, sino con la cinta encendida que ondeó—

como una ola de fuego—sobre la bandera ensangrentada y querida de la patria!

Yo he leído en las páginas ligeras de tu libro, esa ALMA MATER, *que constituye la esencia del talento, como se mira en la onda, la profundidad del Océano! Luminoso reflejo que, como la aureola en torno de las divinidades, forma el nimbo de las ideas y de las pasiones, y hace ver á los ojos del espíritu, tras una rima de Becker, la melancolía de los amores sin esperanza, y de los dolores sin fe, y tras de las formas desnudas de una Eva de Beroud, toda la desesperación de la primera culpa, pero también toda la razón del primer pecado!*

Solo la síntesis, encierra la materia gris del talento!

La creación genial no está en razón de lo que se expresa, sino de lo que se evoca, y por eso la poesía es la cima del arte, porque en élla todo es evocativo, todo es simbólico, todo es visionario!

La grandeza terrorífica del Dante se encierra en aquel dístico de:

« Perded toda esperanza.....»

Tiene la sombra de las desolaciones infinitas!

El excepticismo desgarrante de Job, se resume en aquel apóstrofe:

«La vida es el vacío!»

El «Ananke» de Nuestra Señora, esa palabra sombríamente enigmática encierra á Víctor Hugo, como si fuese el arabesco de su genio!

Así, pues, el Arte; mármol o lienzo, estrofa ó frase, es el deslumbramiento del ensueño, la brillante evocación de las ideas y de los sentimientos más íntimos, bajo la forma simbólica de las imágenes!

Y así es tu libro!

No una obra, sino un ensueño. De la hermosa vaguedad de tus cuentos, se desprende el exceptisismo melancólico de tu espíritu!

M. PIMENTEL CORONEL.

MI PRÓLOGO

—

Este libro es un ramo de violetas!

Sus páginas han sido escritas en horas de amor triste, cuando el bregar incesante de la vida me ha ofrecido una tregua!

SUEÑOS AZULES, *dicen algo de mi corazón;*

prosa frágil, acaso dulce, con algunas armonías de estilo, é impregnada en el perfume oculto de mis tristezas;

no es mi alma sensible á los halagos del combate, ni busca el rumor de la pelea;

vive como adormecida en una suave indiferencia de hastío;

amo los horizontes indecisos, los colores serenos, las emociones refinadas;

el arte mío no es de formas radiantes;

pálida y soñadora la Musa de mis ideales, canta y ríe con franqueza infantil, ajena á las dolorosas veleidades del orgullo;

la Belleza literaria, según mi gusto de escritor, está concebida en el ritmo armonioso de la frase, en la sutileza de la idea, en la noble castidad de la factura;

El ruído estridente y bronco del mar, no seduce mis oídos;

Y, el beso de las ondas rumorosas que se deslizan por la playa, dice mucho á mis anhelos de poeta;

el fantasma de la gloria, que agita los cerebros y enardece los espíritus, no me ha tocado aún con el látigo de sus tentaciones;

soy fuerte por el desdén generoso de mi alma!

J. L. Vargas Vila.

AMOR DE PLUMAS

I

Ella era pequeñita y frágil como un lirio azul;
Azul tenía la cabecita blonda;
Azul el pecho mórbido;
Azules los ojos fulgurantes;
Y eran azules como el mar sus alas, que parecían dos pétalos.

En las tardes vaporosas y sutiles, tarde de oro y de púrpura, ella revoloteaba por lo alto, se perdía en el horizonte diáfano, y luego volvía á su nidar, alegre el corazón, palpitante de ritmos

la garganta ; y traía más subido el color de sus plumas ligeras, camo si se hubiese bañado en las adormecidas ondas del firmamento azul.

Y esta mágica rimadora de arpegios adorables, había venido á la vida una mañana de Primavera, allá, en el bosque umbrío, bajo un cielo hermoso, muy cerca de los arroyos murmuradores y de las nubes pálidas ; su nidar pendía artiscamente de las ramas de un limonero florecido, que le daba dulce sombra cuando sus alitas fatigadas se rendían á la fuerza del sol tropical.

De fresca y fina paja era su nido ; nido de trovadores galantes !

Allí le había enseñado su madre las primeras notas de la música ; allí había aprendido á sustraer con su pico de nácar la miel embriagadora de las flores; y allí, mirándose en el límpido cristal del torrente,

había sabido ella como eran de sonrosadas sus patitas, y cuán azul era el color de su plumaje blondo.

Se levantaba con la aurora, batía sus alas en la fuente, y se iba por la montaña cantando como un pétalo sonoro.

II

Fue una de esas tardes vaporosas, tardes de oro y de púrpura, cuando la mágica rimadora de arpegios adorables, tendió sus alas de miosotis sobre los valles profundos, hacia la obscura lejanía del horizonte.

Llevaba en su alma de virgen alada, todo un poema de sueños amantes, de amores soñados en las noches de luna, muy cerca de los arroyos murmuradores, y de las nubes pálidas.

La pequeña turista había sen-

tido en su corazón extrañas sensaciones; anhelaba cosas desconocidas y fantásticas; el cielo, las montañas, y las flores de su país ya no la satisfacían; el amor germinaba en su cuerpo de hembra núbil, con voluptuosidades ardientes!

Y la azul viajadora fué muy lejos; atravesó los campos perfumados, las arboledas frondosas, los rosales abiertos; hasta que fatigada y sedienta se detuvo á orillas de un estanque.

De su garganta metálica brotaron entonces los trinos más dulces, las plegarias amorosas más fervientes; la pequeña cantante trasfundía en aquella canción misteriosa, tadas las ternuras de su alma triste, de sus anhelos pasionales.

Cuando aún no se había extinguido en el bosque solitario la última nota vibradora, hubo un extremecimiento de alas, y luego, como si fuese el final de un *dúo* se oyó el

gorgeo de un travador desconocido, de un músico alado, que decía, en arpegios delirantes, estrofas ignoradas, y promesas muy dulces de poeta.

La frágil cantatriz fué hacia el pájaro artista, volando emocionada, como si aquella tempestad de ritmos hubiese sido la señal de una cita ; y juntos, enlazados los picos de nácar, tendieron los remos de sus alas azules, hasta perderse en los incendiados horizontes del mar.

III

Y los dos azulejos trovadores se dijeron sus cántigas de amor sobre las altas cumbres de los montes, á las orillas de los ríos, y en las florestas lejanas.

Ella lo adormecía con el sortilegio de sus caricias, con el arrullo de sus besos, y eran para

él las mejores frutas del campo, las más puras aguas de la fuente.

Un día, en el vértigo de su ternura, remaron largo tiempo, mar afuera, sin ver cómo la tormenta obscurecía el cielo y agitaba las ondas; cuando quisieron regresar hacia la costa distante, ya era imposible; el viento los batía contra las olas, y los agitaba furiosamente en el vacío.

Los amantes turistas luchaban con energía, jadeantes por el esfuerzo, y ya iban ganando la ribera inmediata, la playa brumosa, cuando una ráfaga del huracán los aventó contra el abismo insondable!

Del seno de una onda bravía salió entumecida y desfalleciente la mágica rimadora de cantos adorables, y un momento después aparecía sobre la superficie de las aguas, como una violeta mustia, el cuerpo del trovador difunto!.....

El ave hembra al volver á su nidar querido, sufrió un desbordamiento de tristeza ; en aquellas montañas habían triscado juntos ; en los remansos de aquellos ríos habían humedecido sus plumas, y bajo aquel cielo azul habían volado los dos muchas veces, en las tardes vaporosas y sutiles, tardes de oro y de púrpura !

IV

Pasaron los días y la viuda fiel se levantaba con la aurora para ir á llorar su infortunio sobre el ramaje de un abedul en flor, donde trinaba un azulejo infantil, radiante como una turquesa.

Decía, la viuda fiel, que ese pájaro azul modulaba estrofas dulcísimas, iguales á las de su amado rimador ausente ; y en su nostalgia de amores, gustaba ella de oír las

confidencias de su amigo, que eran para su corazón herido, como un bálsamo piadoso!

Pero el radiante artista no quería mitigar los anhelos de la viuda fiel, que se quemaba en el rescoldo pasional de viejas sensaciones.

Y la conquista fue dolorosa!

Ella lo atrajo á su nidar florido, y tuvo para él los cuidados más tiernos, las caricias más dulces.

El primer amor es ignorante, sencillo, y el último sabe de ternuras secretas, de emociones muy finas, muy extrañas!

La rebeldía desdeñosa de su nuevo amante, frío á las súplicas, insensible á los besos, humillaba su vanidad, y en el espejo del torrente veía cómo sus plumas íban tornándose pálidas, mustias, y cómo el poder de su belleza triunfadora, se ocultaba para siempre en el ocaso de la vida.

Y el trovador infantil, el nuevo,

amante, apenas se dejaba querer de la frágil bohemia obsequiando con sus endechas galantes á todas las hembras azules de la montaña.

Y ella, la viuda infiel, se moría de celos !

POLYCROMA

Horas blancas:

Fueron aquellas que viví en las regiones profundas del Ensueño, muy lejos de la Realidad abrumadora, abstraído de las cosas graves!

El brumoso horizonte de la vida se ofrecía á mis ojos, amplio, y cubierto de flores; la cuesta que se proyectaba después del valle—angosta y larga—era para mi voluntad de fácil ascenso; los que iban por ella jadeantes, indecisos, no sabían escalar con paso firme la cima lu-

minosa; los abismos, las malezas, ¿qué importaban?

Yo tomaría mi ruta en plena aurora, para que la noche no me sorprendiese en el tránsito, y haría la jornada de un solo esfuerzo hasta llegar arriba, dejando atrás, en las veredas ásperas, á los débiles, á los cobardes, á los desangrados por las zarzas del camino!

Yo iría vigoroso con mi lira, y mis armas de combate, y cuando el cansancio viniese á debilitar mi firmeza, lucharía como valiente. El Destino, la Fatalidad, eran entonces espejismos para mi alma de poeta!

Oh! mis horas blancas!

Horas azules:

Diáfanas como tus pupilas adorables, fueron aquellas que viví con-

sagrado al fervoroso culto de tu amor!

Las promesas turbadoras que me hacías de eterna fidelidad; tus cartas en que me enseñabas á creer, y á sufrir ; nuestras amantes citas en el silencio del campo, apenas interrumpidas por el murmullo intraducible de las hojas secas; los reproches por faltas imaginarias que tú me atribuías; las quejas por indiferencia y abandono míos; y luégo tus celos desbordantes porque sospechabas que mi afecto no era todo para tí, que alguien te robaba un átomo de mi ternura;— ah! los celos no pueden ser fingidos, dicen los analistas del corazón humano!

Después, ya no recuerdas? venían nuestras reconciliaciones entre besos y lágrimas, entre suspiros y risas; volvíamos á pronunciar frases de olvido para los agravios, de perdón para las ofensas; y tú jurabas de nuevo que siempre me querrías

así, con esa intensidad y esa constancia infinitas!....

Oh! mis horas azules!

—

Horas grises:

Lentas, amargas, fueron aquellas que pasé en la incertidumbre angustiosa de tu perfidia!

Los besos pasionales que me habías prodigado tantas veces, se iban de tus labios como aves enfermas, como pétalos mustios, sin color ni esencia; tus ojos adormecidos vagaban lánguidamente, hasta perderse en la bruma del espacio; me escuchabas con negligencia, con lascitud, sin interés, y cuando te pedía algo de nuestro viejo amor, una caricia forzada ó una frase ruda, era la respuesta á mi súplica; me celabas por temeridad, por vicio, como si quisieras castigar mi

constancia, y vengarte de mi cariño leal; el estilo de tus últimas cartas revelaba el decaimiento profundo de tu corazón; me ofendías en ellas acusándome de perjurios, infidencias y traiciones jamás cometidas por mí.

El Hastío devoraba tu alma soñadora y voluble, y la pasión satisfecha moría en tus venas de fuego!

Oh! mis horas grises!

—

Horas negras:

Luctuosas y tristes, desoladas y sombrías, son estas que vivo pensando en la crueldad abominable de tu olvido!

Señora: vengo á pedir la devolución del tesoro que confié á la dulzura de tus manos piadosas: ¿qué has hecho de él?

No lo sabes!

Esmeraldas, rubíes, zafiros, representaban mis esperanzas, mis ilusiones, mis ensueños.

Había entre esas joyas finas un raudal de brillantes muy puros, muy tersos, que yo guardaba con extraña insistencia; eran lágrimas tuyas, vertidas por el áspid de los celos; envíame esas piedras falsas, de ternura fingida, para hacer con ellas un verso luminoso y fuerte, que grabe en la memoria de los hombres, la eterna, la imperecedera ingratitud del alma femenina!

Ah! si fuera posible volver á mis primeras horas blancas, infantiles, creyentes, y olvidar aquella edad azul de amores frágiles, no sufriría hoy la tortura inevitable de haber vivido la época desgarradora de tu hastío, que fue como el crepúsculo de esta noche moral de mi vida, de estas interminables penas mías, que maldigo!....

Oh! mis horas negras!

—

El pequeño manuscrito que acabáis de leer no tenía firma; lo he traducido fielmente del original. El sentimiento doloroso del poeta nos cuenta una historia que todos conocemos; ¿quién no ha sufrido un desengaño de la mujer amada?

———

SANTIAGO

I

Un hálito de muerte y de exterminio se extendía por todo el campamento!

Veinte y dos noches de pelea constante, de cargas consecutivas, de asaltos fabulosos, sin que los sitiadores hubieran podido invadir una línea del territorio contrario; el arrojo, la temeridad y la estrategia de los unos, se estrellaban contra el entusiasmo, la firmeza y el valor indomable de los otros.

El hambre, la sed, la fiebre con-

sumían al Ejército liberal, reducido después de tan largo reñir, á nada, á un puñado de héroes, á una exigua legión de espectros; al pie de cada reducto estaba un foso profundo, con las fauces abiertas, en acecho de los cadáveres aún calientes.

La ciudad sitiada parecía irreductible por sus formidables trincheras, por su plan defensivo; los conservadores, desesperados con la resistencia, atacaban sin pericia, dejando en sus audaces tentativas centenares de muertos sobre las púas del alambre.

El incendio se propagaba con una rapidez vertiginosa, consumiendo edificios, devorándolo todo; los árboles ardían, y el viento levantaba olas de fuego, que subían por el espacio como largas serpientes rojizas.

El ruido sordo de la fusilería, el estruendo asombroso del cañón, las

imprecaciones de los combatientes, los ayes de los moribundos y la voz metálica de la corneta dando órdenes vibrantes, formaban un solo grito interminable, una sola queja, prolongada y doliente, que decía cuánto era de criminal aquella lucha fratricida, cuánto era de infecunda aquella sangre derramada por el insaciable egoísmo humano!

II

La noche del 13 de julio fue cruenta para los dos Ejércitos contendores; se peleó con insólito denuedo, con salvaje heroísmo; hacia el lado del Norte, sobre la única trinchera débil del campamento liberal, se habían cargado los fuegos enemigos, haciendo estragos; el combate allí era reñido, desesperado, casi de cuerpo á cuerpo.

El Jefe de Día se multiplicaba

con prodigiosa actividad, sosteniendo por todas partes el ánimo de los soldados, ya desfallecidos por el sueño y las fatigas.

De pronto se detuvo delante de una muralla de espionaje que parecía desierta.

—¿Quién está aquí?—preguntó en voz alta.

—Yo, mi General — dijo cuadrándose militarmente un muchacho con el rifle al hombro y el kepis echado hacia atrás.

—¿Quién eres tú?

—Santiago, mi General, el hijo de la ciega, *el cojito*, como me llaman mis amigos.

—¿Y dónde estabas?

—Tendido entre este montón de piedras, mi General, porque nos tienen cogida la puntería muy bien los godos; cuatro centinelas han matado hoy en este mismo punto, á pesar del escondite.

—Bueno, Santiago, vigila mucho; no te vayas á quedar dormido, que ahora te mandaré relevo.

—Nó, mi General, yo no duermo cuando el enemigo está al frente; el Capitán me puso aquí porque soy de su confianza; él sabe que no me rindo!

—¿Cuántos años tienes, Santiago?

—Doce, mi General; la pierna me la cortaron en septiembre del 98, y esta otra me la pusieron los señores del Ferrocarril antes de estallar la revolución.

Y enseñaba una canilla de madera, que lucía como si fuese de carne y hueso.

—¿Te reclutaron, Santiago?

—Nó, mi General; vine por mi propia voluntad; me gusta mucho la guerra, las balas no me dan miedo, y luégo.... los godos me deben una.....

—¿Cuál, Santiago?

—Mataron á mi padre el 96, en Encizo; quedé huérfano por ellos; tuve que buscar trabajo para mantener á mi madre ciega, y.... yo he jurado que me la pagan esos....

El fragor de una descarga á quema ropa, vino á interrumpir el diálogo; Santiago, herido mortalmente, se llevó las manos al pecho; el Jefe de Día y su comitiva fueron hacia la trinchera inmediata, y el fuego se generalizó con rudo encarnizamiento por toda la línea de batalla.

III

A las 5 de la mañana del 14 hubo una tregua para recoger los heheridos y los muertos de ambas partes.

El Jefe de Día no olvidaba un momento á Santiago, y apenas que-

dó ratificado el interregno, fué al Hospital de Sangre á preguntar por él.

—Aquí está muy mal herido—dijo el médico;—es imposible que pueda salvarse el muchacho; lo trajeron con un balazo en el vientre, y me parece cuestión de breves instantes.

Llegaron á la cama del enfermo. Estaba tendido sobre una cobija azul, que le servía de colchón. Sus ojos garzos y tristes se tornaban por la augustia en húmedos y blancos; su cabello, de un rubio pálido, caía en ondas de oro sobre su frente sudorosa; sus manos lívidas y yertas se afilaban como si fuesen de viejo marfil; sus labios contraídos por el dolor, resecos por la sed, decían frases truncas, palabras incoherentes!

Al oir la voz del Jefe de Día, hizo un acto de suprema voluntad y trató de incorporarse; pero, se le

extinguieron las fuerzas y sólo pudo balbucir:

—Ah! mi General, me mataron! Deseaba mucho que viniera para que.... Es una súplica.... En este.... bolsillo... guardo mis... raciones... Mándeselas á... ella... á mi ma... dre!...

La última sílaba se exinguió en su garganta moribunda, como un eco lejano; de sus pupilas turbias salía una fuente de lágrimas que rodaba por su agitado y convulsivo pecho, como una lluvia de diamantes!

.....

Diez y ocho reales en plata, humedecidos por su propia sangre y guardados con avara solicitud en un ancho remiendo del rojo pantalón militar, hecho girones, era la triste herencia que legaba á su mamadre ciega, el soldado infantil, el valeroso centinela liberal muerto

en la tremenda batalla del catorce de julio de mil novecientos!

Y esta miserable suma era la síntesis de todas las amarguras, de todas las privaciones, de todo el amor del pequeño Santiago, del *Cojito*, como decía él que lo llamaban sus amigos.

LEYENDA

I

Cuentan las crónicas antiguas que en un viejo país de la Germania, era costumbre bautizar con sangre virgen la tierra donde se edificaban los grandes Castillos feudales.

Suponían los agoreros de entonces, que este abono anticipado de amargura fuese provechoso después á la felicidad de los nobles dueños del Palacio.

Los grandes señores de aquel tiempo remoto, pagaban á precio muy alto la víctima humana que

habría de inmolarse á tan salvaje creencia, y conseguían seres desgraciados para la ofrenda ostentosa de su orgullo entre los embrutecidos por el vicio, ó los degenerados por la miseria.

II

Los rubios fulgores de una fría mañana de Otoño, penetraban hasta el aposento de la Abuela Judit, y se difundían en las doradas cabelleras de seis niños tristes, enfermos, como flores de pobreza y dolor!

Una mujer vestida con harapos, sucia y macilenta, mostraba en su rostro afligido las huellas de pasada hermosura ; sus ojos eran verdes y profundos ; su cabeza erguida y luciente, color de ébano ; en sus manos enflaquecidas y blancas sostenía el cuerpecito de un niño exangüe, casi rígido.

La vieja Judit apenas tenía movimiento en la garganta ; hablaba con suma dificultad, pero, continuamente, como si quisiese darle á su lengua todo el ejercicio que correspondía á los otros miembros paralizados de su cuerpo.

—No hay remedio, hija de mi corazón, murmuraba la abuela Judit, dirigiéndose á la mujer de los harapos ; el pan escasea, y el hambre nos persigue ; es necesario salvar la vida de estas infelices criaturas que morirán de frío y de miseria si no hacemos el tremendo, el terrible sacrificio por ellas ; una debe inmolarse ; ¿ á quién le toca ? Yo, desde que leí el anuncio he creído... En fin, tú eres su madre y debes resolver el asunto ; por mi parte.... sería la más enferma.... la inútil !

—¿ Rebeca ? Ah ! mi pobre Rebeca exclamó la mujer de los harapos ; la infeliz comprende lo que pasa, sabe que su vida es una carga

ruda para nosotras, y sufre en silencio su desgracia ; anoche oí que lloraba con infinita tristeza, y hoy me ha besado tántas veces !

—Sí, hija de mi corazón, decía la abuela Judit ; es penoso el trance, muy amargo el tósigo, pero, no es posible dejar perecer á los más chiquitines y sanos ; ella no ha podido nunca articular una palabra ; su lengua está muerta, sus oídos son torpes, y sus inmensos ojos azules que parecen tan bellos, miran sin fijeza, con fulgores de locura ; además, hemos contraído el deber y no podemos desistir de cumplirlo. ¿Oyes? Suena el clarín de los heraldos ; vienen los servidores del Príncipe sobre negros corceles !

III

El patio de la desierta estancia se había llenado de gentes curiosas.

Un paje vestido lujosamente, hizo una profunda reverencia y puso en las manos de la vieja paralítica una bolsa repleta de monedas. Las manos de la abuela Judit crugieron al contacto del oro, como hojas secas agitadas por el viento, y sus pupilas marchitas, rugosas, se tornaron hacia Rebeca sin verter una lágrima.

La pequeña muda temblaba, se contraía al esfuerzo de su angustia, y cuando los servidores del Príncipe la arrancaron del cuello de la mujer de los harapos, la pobre enferma, la idiota, la que jamás había podido articular una sílaba, murmuró entre sollozos desgarra-

dores, entre ayes de infinita amargura :

Adiós ! Madre mía !

MARINA

—

El Occidente se teñía de púrpura!

Era un jardín flotante el cielo, era un jardín fantástico, donde la moribunda luz del crepúsculo fingia flores extrañas, vaporosas, que se esfumaban como flores de ensueño, como ilusiones fugaces, como promesas de amor!

Caía sobre el cielo diáfano una lluvia sutil de colores desleídos, süaves, un polvo fino de oro pálido que se iba extendiendo lentamente,

hasta formar en las confusas lejanías del horizonte una inmensa montaña de topacios, que muy luego se disolvía en pequeñas colinas doradas, en lagunas de ópalo, en valles de zafiro, y en ríos profundos, de esmeralda y coral !

El sol declinaba en el Ocaso como un viejo Monarca, diademado de estrellas, y el cielo azul que le servía de lecho mortuorio se teñía de resplandores rojizos, y de flotantes nubes blondas, que semejaban á lo lejos, vastos algodonales incendiados !

La luna iba ascendiendo lentamente por entre fantásticas montañas de nieve, y bañaba con su luz melancólica el perfil de las costas distantes, brumosas !.....

Abajo, la verde superficie del mar se cubría de espumas, y semejaba una llanura ondulante florecida de lirios blancos ; las olas gemían y se arrullaban sobre la playa hú-

meda, acariciadoras y pérfidas; las aves pecadoras sumergían en el agua su afilado pico de nácar, golpeando con el sensible remo de sus alas de seda, el cristal de las ondas lucientes; y las garzas marinas, como una legión de almas artistas, de almas blancas, de almas enamoradas de la gloria, desplegaban el nevado abanico de sus plumas ligeras, se iban fugitivas hacia regiones azules, hacia riberas perfumadas, hacia lagos ignotos!

Esas garzas marinas, nostálgicas de soledad y recogimiento, lucían en la obscura turquesa de sus ojos abiertos, todo el dulce poema de sus sueños errantes, de sus anhelos frágiles, de sus amores de espuma!

Parecían, almas proscritas de trovadores vencidos!

ESTELA

—

Todo es frágil y vano!

Como la niebla pálida que se alza lentamente en las tardes azules, y viaja hacia el Infinito insondable, así pasan los sueños de felicidad, sueños confusos, que dejan solo un recuerdo adormecido, vago, que se esfuma luego en la noche profunda del Olvido.

Verdes como la Primavera son las esperanzas vivas, y la miel de su savia es filtro de consuelo, de energía, de piedad; amarillas y

mustias son las esperanzas muertas, y la esencia que despide el polvo marchito de sus hojas, es filtro de amargura, de tristeza, de hastío !.....

Como las ondas de un manantial purísimo huyen las ilusiones diáfanas y corren á perderse tumultuosas en el obscuro lago del Ensueño ; las ilusiones idas, como bandada peregrina de gaviotas, levantan el vuelo fugitivo en la brumosa tarde de la vida, cuando ya viene sobre el alma la noche del Dolor, noche sombría, que antecede á la aurora del sepulcro !

***

Todo llega y pasa !

Las cenizas de las cartas amadas se disipan al soplo de los vientos, y vuelan como pétalos de flores negras, embriagando el ambiente

con la magia seductora que guardan ; y la magia se extingue tambien !.....

Hoy... después de que supe tu perjurio... he quemado las tuyas!....

Cuando iba á levantarse la llama que habría de consumir todas las ternuras escritas que tu pluma liviana quiso trazar para mí, intenté extinguir la hoguera, y salvar mi tesoro maldito ; pero.... mi mano culpable se abrasó en las llamas del incendio, como se había abrasado mi corazón, en el fuego de tu perfidia.

Como una tenue ala gris voló mucho tiempo un pedazo de papel quemado, que vino luego á caer supersticiosamente sobre la cartera que guarda tu retrato ; en el fragmento de la ceniza mustia se veían grabadas con signos rojos, estas palabras turbadoras : *un beso de la que siempre será tuya.*

Estela.

Todo pasa, y muere!

Después..... estraje del fondo del cofre donde ocultaba tus prendas queridas, las flores marchitas que iba á devolverte, aquellas flores fragantes que vivieron una tarde sobre tu pecho, como vivió un día mi cariño sobre tu alma ingrata; el polvo seco de los pétalos caía como una lluvia vaporosa de reminiscencias tristes; las hojas amarillas parecían quejarse de tu ingratitud!

Solo estaba encendida aquella rosa pálida que tú besaste emocionada cuando por primera vez confesaste que me amabas. El beso de tu traición la había tornado roja, muy roja! Y esa flor es la única que te envío: recíbela! El remordimiento debe tener color de sangre!

Y la sangre de los poetas heridos por un amor cruel, se condensa en estrofas tristísimas, im-

pregnadas de ajenjo, estrofas que caen dolorosamente sobre el alma de las mujeres perjuras, de las mujeres ingratas! Es una fuente inagotable de venganza, de tortura, de hiel!

El Dolor es inmortal!

FLOR SALVAJE

I

El hermoso y elegante paseo del «Calvario» está hace tiempos desolado y triste!

Las avenidas desiertas, las estatuas caídas, las arboledas sin follaje, todo yermo y desapacible, como si el ala de una tempestad avasalladora, hubiese convertido en ruinas, los que antes eran jardines deliciosos, parques bellísimos!

Caracas, la gentil ciudad, duerme en la falda gris de sus montes, tendida sobre el manto verde obs-

curo de sus perfumadas colinas, de sus lucientes llanuras !

Los ríos, como sierpes de plata, se deslizan por las praderas florecidas, murmurando tan suavemente, que apenas se oye el rumor de sus cristalinas ondas.

Los cerros distantes, agrupados, parecen camellos que han rendido su jornada, y que descansan después de un largo viaje ; y el « Avila » muestra sus lomos de viejo elefante, todavía firmes, cubiertos de cicatrices que ha marcado en sus carnes de piedra, la mano formidable de los siglos.

Y el cielo, de un azul purísimo, abre sus horizontes de oro, de púrpura, y de armiño, en las tardes rumurosas, tibias, y trasparentes ;

tardes caraqueñas, infinitas y dulces, inspiradoras de madrigales fervorosos, incitadoras de caricias y besos, de ternezas y músicas !

II

Como un gato de monte, como una lievre sorprendida, salta de entre los guaduales resecos, y se planta en la margen del camino, la flor silvestre de mi leyenda, Julia, la mendiga infantil del «Calvario».

Tiene los ojos verdes y diáfanos, la piel bruna, algo encendida por el sol; los cabellos ensortijados y en humillante abandono; los pies descalzos, que dejan en el polvo de las veredas que transita, huellas de animal cabrío.

Es ágil como una sierva, fuerte como una danta, traviesa como una ardilla.

Y vive allí, cazando mariposas, alimentándose de arañas y zabandijas, durmiendo á plena luna.

Se levanta con la primera luz del día, canta con las aves, se perfuma

con el ambiente de las flores, y ríe con el agua que corre por los surcos del jardín.

Los que pasean su fastidio, ó su mala salud en la mañana, siempre la encuentran triscando alegremente, ó surciendo sus harapos, como si estuviese en su casa, como si aquel paseo público fuera de su propiedad.

A veces hurta un clavel, ó una rosa blanca, y la prende á sus cabellos muy oronda, muy erguida, muy radiante!

¿Qué sabe de la vida esta bohemia de trece años, esta prematura flor de hospital, que se alimenta de arañas y zabandijas?

AMOR FELINO

I

Lovelace había sido en su juventud el gato más elegante y apuesto de la ciudad.

Descendiente de raza noble, estaba envanecido con la pureza de su estirpe, y más satisfecho aún con la hermosura de su talla gentil.

Como los cañaverales humedecidos, como la hierba de los campos, como las olas del mar, era el color de sus pupilas diáfanas y luminosas.

Tenía la piel blanca, manchada

con rosas de ébano sobre el dorso flexible; las orejas suaves, rosadas, parecían dos carocoles marinos; las patas sedosas y finas; las uñas de nácar afilado, y la cola como el plumón de un cisne.

A su madre la habían criado desde pequeñita en un Convento de monjas Carmelitanas, donde vivía agasajada y feliz, sin conocer las vanidades del mundo, hasta que sintió en su alma de gata joven el primer estremecimiento de la pasión amorosa.

Fue una noche de luna, noche serena y blanca, cuando ella salió hacia los jardines del claustro, huída de su dormitorio, sola, y atemorizada porque era la primera vez, que á esas horas tan tristes, iba de paseo, por aquellas arboledas umbrías, bajo aquel cielo tan estrellado y luciente.

Caminaba indecisa, temblorosa; se detenía á pensar si era mejor re-

volverse á su celda, comer un ratoncito fresco, y tenderse después á dormir sobre los rojos cojines de la Madre Abadesa.

Pero una voz secreta, algún sentimiento inexplicable la conducía adelante, sin dejarla meditar su idea ni preveer los peligros que la amenazaban si seguía en su penosa escursión nocturna.

De pronto escuchó ruido en el follaje, pasos que se hundían en la hojarasca, y luégo sus ojos sorprendidos vieron la hermosa figura de un gato negro, tallado, que se interponía en su camino diciéndole frases de galante dulzura.

Ella se estremeció y quiso huir á grandes saltos por la vereda más corta, poseída de un temor desconocido; y sin embargo, no pudo moverse del sitio en que se hallaba, como si estuviese clavada en el césped.

Y tímida, nerviosa, oía con bon-

dad las promesas, los juramentos, las ternuras del gato seductor.

Al principio todo fue muy difícil para los amantes; á ella la encerraron severamente en una celda, y su conducta ligera produjo serios disgustos á las monjas; él rondaba de noche por los tejados y sus maullidos tristes herían el corazón de la cautiva.

Y bajo estas graves circuntancias vino al mundo *Lovelace,* una mañana gris, sombría, como el alma de su padre!

Aquel día fue de huelga para las monjas; se disputaban el gatito para educarlo según las ideas que cada una de ellas tenía con respecto á moral y buenas costumbres; la divergencia terminó al fin quedando encargada de la educación del recién nacido la hermana Betulia, quien había pasado en sus tiempos, algo remotos ya, por mujer galante y de mundo.

Después de reflexionar mucho, la buena hermana Betulia resolvió llamar á su protegido *Lovelace*, como un recuerdo agradable de pasadas memorias, de ilusiones marchitas!

La infancia del felino deslizábase tranquila entre agasajos y caricias; corría y saltaba por los amplios corredores y jardines del Convento con su cinta azul atada al cuello, cazaba mariposas, y bebía leche pura en jarrón de plata.

Luégo vinieron para él las auroras de la adolescencia; principiaron sus escursiones nocturnas por los tejados vecinos y por las calles de la ciudad. Su aparición en el mundo gatuno fue celebrada ruidosamente; hermoso y educado por la hermana Betulia con todas las reglas del buen tono, eran sus modales finos y su decir correcto.

Todos los gatos jóvenes lo rodearon, é imitaban sus movimientos brincando como él, y siguiéndolo á

todas partes, serviles y cortesanos. Llegó á tanto el apogeo de su gloria, que fue llamado á colaborar en el Gobierno felino, por su vasta sabiduría y exquisita cultura.

Y entre las gatitas elegantes hizo raya *Lovelace.*

Hubo gatas serias y juiciosas que abandonaron su hogar por seguir al Tenorio; gatas que murieron tísicas; gatas que se suicidaron, y gatas que se volvieron locas por él.

Pero, *Lovelace* no había amado aún; engreído por las alabanzas, enfatuado por el elogio, se creía invulnerable y feliz, hasta que la nostalgia de la virtud vino á invadir su alma de libertino; entonces quiso amar lealmente, y antes de formular su nueva vida, de realizar sus ideales últimos, se fué al estanque del jardín á contemplarse en aquellas aguas purísimas, donde otras veces se había visto en un profundo éxtasis de admiración.

El cristal de las ondas era el mismo, sereno, trasparente!

Llegó á la orilla meditabundo, triste, y sus pupilas verdes se fijaron sobre la superficie glauca de las ondas; quedó absorto, confundido, ante la magnitud de su mudanza!

II

El tiempo principiaba á destruir su belleza.

Ya no tenían sus ojos la mirada radiante de la juventud; su piel ya no era blonda; sus dientes, que habían sido como agujas de marfil, se mostraban largos y amarillos; su cuerpo, antes ágil y robusto, se volvía obeso y débil!

Cuando se fué de la ribera del estanque, estaba inconocible, había envejecido más con el análisis de su desgracia.

A pasos graves se alejó hacia un paraje solitario del jardín, tendióse sobre la hierba humedecida, y con los ojos cerrados pensó largamente!....

Al concluir su meditación, estaba decidido.

Era indudable que iba á comenzar para él la existencia que tanto apetecía; pero, era necesario prepararse para librar la decisiva batalla de la vida.

Ninón sería su compañera.

Esa gatita bruna, coqueta, lo atraía de un modo irresistible; era algo liviana, pero él, gato de mundo, la educaría á su antojo; haría de ella, sin duda, una gata circunspecta, muy señora de su casa.

Estas eran sus intenciones.

Comenzó á galantearla, y á seguirla sin descanso; ella muy pronto correspondió á la frenética pasión del tenorio, no porque éste le inspirase cariño, sino porque se di-

jese que había conquistado aquel corazón de acero ; él se enamoró con locura, y quiso en su egoísmo de viejo libertino sustraerla de todos, y que nadie la viera.

Principiaron entonces las mayores disensiones domésticas : *Ninón* quería gozar, divertirse, y *Lovelace* estaba ya fastidiado de los placeres; ella buscaba las distracciones, y él las rehuía ; ella era alegre, y él triste : no podían entenderse.

Lovelace la celaba con esa impertinencia con que los viejos cuidan lo que aman ; y los tejados se llenaban de admiradores de *Ninón*, que era una gatita bruna, muy salada y complaciente.

Había entre los amigos de la novia un gato gris, hermoso á quien ella llamaba «*mi poeta*»; fue presentado en casa de *Lovelace* por unas primas de *Ninón*, que lo habían conocido en el campo, y contaban primores de su talento. Las crónicas

decían cosas reservadas de las relaciones de *Ninón* con el bardo decadente; hablaban de citas nocturnas.... de cartas.... de versos.... y de cómo no sabía nada el esposo burlado; otros opinaban que él consentía en aquellos amores por debilidad, y aún por vicio.

Una noche lluviosa, *Lovelace*, viejo achacoso y displicente, se había recogido temprano, durmiendo á pierna suelta.

Ninón fué en busca de su amante, y subieron á la torre más elevada del Convento, para conversar allí, sin testigos, mientras el viejo gato dormía.

Estuvieron mucho tiempo juntos, acariciando ensueños para el porvenir, sin contar las horas que se iban pasando, fugaces, como es fugaz el amor.

Lovelace despertóse agitado, nervioso, soñando que le robaban á su *Ninón*, y confuso la llamó varias

veces con sus maullidos formidables; el eco respondía tan solo á sus quejas!

Desalentado, furioso, salió en su busca como un tigre enfurecido; fué siguiendo las huellas hasta subir á la torre, donde pudo hallarlos conversando dulcemente; al verlos se lanzó como un rayo sobre su rival, trabándose entre ellos una lucha sangrienta, terrible.

El viejo *Lovelace* se batía heroicamente por su dama; golpes, asaltos, caídas, todo se sucedía con una rapidez vertiginosa; hubo un momento en que el combate se decidía á favor suyo, pues acosaba á su adversario en lo más alto de la torre, y ya iba á precipitarlo sin piedad, cuando vino en defensa de su amante, *Ninón*, asestándole un golpe por la espalda al viejo gladiador, que lo hizo rodar por el vacío y caer moribundo sobre el duro pavimento del atrio.

Al ruido sordo que produjo la caída de *Lavelace*, huyeron los dos culpables, como si tuviesen conciencia de su crimen!

III

Lovelace no murió de súbito.

Pudo con gran trabajo arrastrar su cuerpo triturado hasta una arboleda del jardín solitario; allí oculto, empezó su agonía dolorosa, lenta!

Los primeros celajes de la aurora, acariciadores y lucientes, lo encontraron tendido sobre el césped, casi rígido; su mirada desfallecida, turbia, vagaba sin precisar lo que veía; de pronto fijóse en un punto luminoso del tejado: allá estaban los dos amantes tendidos al sol, prodigándose mutuas y largas caricias, ébrios de placer y de olvido!

Sus pupilas exangües apartáron-

se de ese cuadro siniestro para él, cuadro de perfidia, de voluptuosidad, que le torturaba el corazón, é hizo una piadosa romería de recuerdos, que fueron pasando por su memoria enferma como una serie interminable de fantasmas: las traiciones, los engaños, las vilezas, todo el proceso de su vida pasada, venía, como una ola de fango, á su imaginación calenturienta.

El viejo gato sentía que la mano del remordimiento lo ahogaba; llevó á sus labios sedientos de piedad la copa amarga de la ingratitud que él había prodigado á otros muchas veces, y el llanto de la suprema agonía nubló sus ojos para siempre!

Sus ojos, que habían tenido el color de los cañaverales humedecidos, de la hierba de los campos, de las ondas del mar!

DOLOR PLEBEYO

—

La Sirena, gentil y airosa nave, ligera como un pájaro de mar, surcaba con el vibrante arado de su proa, el dorso movible de las ondas.

Navegaba con viento en la popa, rumbo al Norte, dejando atrás la playa rumorosa, que se desvanecía en el horizonte como una esmeralda, entre nubes de ópalo!

Los marineros, sin descuidar las maniobras del buque, cantaban una vieja romanza del país, me-

lancólica y grave, que tenía ritmos de tempestades rugientes; arpegios tristes, como de quejas ignotas; vibraciones intensas, como ecos fugitivos de almas ausentes y enamoradas.

Tienen las canciones de á bordo una extraña sutilidad que sugestiona, y hace pensar en los abismos insondables, en las noches marinas, en las caravanas del desierto, en la patria, y en la mujer amada!

Las canciones de á bordo despiertan en el espíritu de los viajeros una dulce melancolía de ensueño, y la memoria fatigada hace piadosa evocación de recuerdos, que vienen murmurando frases olvidadas de tiempos idos, de cosas que fueron, de historias dolorosas que pasaron!

Y los marineros cantaban al ruido de la nave que crugía; las

ondas rompidas, eran como fragmentos de cristal sonoro.

El capitán, mozo fuerte y garrido, apoyaba su mano ruda sobre el dócil timón, y ponía rumbo fijo hacia un perfil obscuro que se divisaba en la penumbra del espacio, como una larga línea de sombras.

La recia figura de este garrido capitán era de un atractivo salvaje; sus ojos eran verdes como algas marinas; sus músculos ágiles, duros; su boca fina, de pliegue desdeñoso, sombreada por bigotes rubios, lucía al reirse una sarta de blanquísimos dientes, agudos, firmes, como los de un tiburón; su cabeza noble y fiera, decía mucho de la altivez de su carácter y de la bondad de su corazón.

Contaba este garrido capitán apenas treinta años de vida, de los cuales veintidos tenía consagrados al mar; él había soñado

con las iras siniestras del Océano, con los puertos flotantes, con los grandes navíos y con los abrumadores días de calma, cuando los marineros se tienden sobre la cubierta del buque á contar historias de naufragios, alegres aventuras de tierra, y episodios de supersticiones antiguas, como la luz de San Telmo y la corona de la Virgen, presagio de tiempos crueles, ó de viajes tranquilos; días en que esa gente del mar, buena y sencilla, se adormece sobre el abismo insaciable, pensando en la hora suprema del regreso á la patria querida!

Pero él no habría de volver jamás á su inolvidable caserío, al pueblecito de pescadores, situado en la ensenada azul; allí, donde había aprendido á manejar el remo, á dirigir el cayuco, y á conocer el rumbo de las viajeras nubes!

Y procuraba desechar el pensamiento amargo, la idea turbadora del regreso, porque el alma se le salía del cuerpo al recordar su casita blanca y limpia, oculta entre los verdes cocales; había construído aquel Bohio con el sudor de su trabajo, para que su madre viviese en él, modestamente, pero sin privaciones ni afanes.

Y la muerte se la había arrebatado en su ausencia, cuando llevaba para ella muchos regalos de la feria, muchas cosas benditas, que iban á gustarle, y á ser retribuídas con besos y caricias.

Ante el recuerdo de la inolvidable viejecita ida, de la viejecita muerta, los ojos del hijo se nublaron y en las pupilas serenas de aquel valeroso capitán —acostumbrado á luchar con los mares— apareció una lágrima furtiva que rodó por su desnudo y agitado pecho, y fue á caer como una

gota de ajenjo sobre el cristal impasible de las ondas!

Y este dolor profundo que no sabía de túmulos de mármol, ni de ricas coronas; que no sabía de necrologias inmortales, ni de epitafios en latín; que no iba envuelto en crespones de seda, ni en gasas de oro, germinaba como una extraña flor de gratitud en el alma de aquel lobo de mar, bajo aquella tosca blusa de plebeyo!... ..

INDICE

A J. I. Vargas Vila..... V
Mi Prólogo..... 1
I Amor de Plumas..... 5
II Polycroma..... 15
III Santiago 23
IV Leyenda..... 33
V Marina..... 39
VI Estela..... 43
VII Flor salvaje..... 49
VIII Amor felino..... 53
IX Dolor plebeyo..... 67

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
0001857200 0